



Enterrado el sábado en secreto en Madrid

HISTORIA Y SEMBLANZA DE DON NICETO ALCALÁ-ZAMORA

A LAS NUEVE DE LA MAÑANA DEL SABADO 11 DE AGOSTO, EN EL AÑO DEL XXX ANIVERSARIO DE SU MUERTE EN EL EXILIO —18 DE FEBRERO DE 1948, EN BUENOS AIRES, A LOS SETENTA AÑOS— FUE ENTERRADO EN SECRETO EN EL CEMENTERIO DE LA ALMUDENA EL QUE FUE PRIMER PRESIDENTE DE LA II REPUBLICA ESPAÑOLA, DON NICETO ALCALÁ-ZAMORA.

ENCARGAR a mis hijos que, cual se hizo con su madre, acompañe a mis restos un puñado de la tierra española que con tal fin conservamos; pero que no se atormenten por dejar aquéllos lejos, aunque no fuera en un país de habla española, ni se preocupen por traslado forzoso en desproporción con la estrechez económica a que nos vemos reducidos. Perdonó a los que me calumniaron, persiguieron y arruinaron. Expedita y agradecida la asistencia individual a mi entierro y funerales para los que no habrá secreto ni alardes de publicidad; no debe mezclarse en ellos intervención oficial colectiva de partidos políticos". Así dispuso don Niceto Alcalá-Zamora que fuese su entierro. Su tratamiento político, leído entonces por Pita Romero —ministro primero, embajador de la República después, en el Vaticano; amigo de toda la vida, y hasta la muerte, del Presidente—, decía: "A cuantos españoles atiendan mi parecer leal, y especialmente a los partidarios de la República, les aconsejó que, para restablecer y conservar tal régimen, único, en definitiva, posible, afirmen y practiquen resueltamente: en las ideas, la paz y libertad religiosas, sin fanatismos ni persecuciones sectarias; en el sentimiento, un patriotismo intenso, sin tibieza ni excusa por los fervores compatibles de la fraternidad universal o de las afecciones del alma hacia las regiones de cada uno, y en la vida y en la conducta, austera sencillez y diáfana gestión. Y siempre, que slentan horror a las guerras civiles, causa de todos los males patrios, supremo castigo de los pueblos, sólo merecido por encerrar la suma de todos los crímenes".

SIN embargo, sobre este republicano pesa la acusación de haber dejado perder la República. La sesión del Congreso, que se abrió el 3 de abril de 1936, le destituyó como Presidente de la República por una cuestión

legalista, pero consecuentemente porque la izquierda —Azaña, Prieto, sobre todo— consideraron que había entregado a la República en manos de sus enemigos. El Frente Popular difícilmente podía perdonar a Alcalá-

Zamora haber designado jefe de Gobierno a Lerroux en 1934, con lo que se abrió el "bienio negro" con el que el jefe radical y la CEDA de Gil Robles inauguraban una especie de parodia prefascista. No le había perdonado el indulto de la pena de muerte de Sanjurjo, sublevado contra la República el 10 de agosto de 1932, ni su posterior amnistía que le ponía en libertad; pero la derecha no perdonó tampoco a Alcalá-Zamora la conmutación de las penas de muerte de los sublevados de 1934 —la "revolución de Asturias", pero también de Cataluña y de otros puntos—, frente al Gobierno, que ocasionó una crisis —la "crisis de las penas de muerte"—, ni haber dado cuenta pública de la información por la que Lerroux aparecía mezclado en un asunto de corrupción —el "estraperlo", palabra que se ha incorporado al vocabulario castellano—; ni haberse enfrentado a Gil Robles... El 8 de abril de 1936, al día siguiente de ser destituido, Alcalá-Zamora recibió en su casa —todo el tiempo de su mandato presidencial vivió en su casa particular de la calle de Martínez Campos— a un coronel de Estado Mayor, de uniforme, que llevaba redactado un Decreto de destitución del Gobierno y de las Cortes; el Ejército consideraba ilegal la destitución del

Presidente de la República y proponía a éste un golpe de Estado desde su punto de vista de la legalidad. Alcalá-Zamora se negó. ¿En cuál de estos puntos, y de otros muchos, se hubiera podido impedir la guerra civil, y a qué costa? Si Alcalá-Zamora no hubiera sido destituido, ¿hubieran cambiado los acontecimientos? Hay ya docenas o cientos de opiniones y de estimaciones sobre ese fragmento de Historia. El tiempo por venir no las ahorrará. Y quizá la perspectiva política juzgue con serenidad, a favor o en contra, a este hombre de la derecha liberal, este republicano conservador, que fue un día proclamado Presidente de la República.

Niceto Alcalá-Zamora venía de una línea de lo que se llamaba "republicanos de orden", o republicanos históricos, en una casona de Priego, Córdoba. Heredó de ellos un catolicismo acendrado: posiblemente el de los antiguos judíos conversos "de verdad"; heredó también la facultad oratoria: hoy no se resistirían sus discursos, como los de su época; el uso del micrófono ha dado cierta sencillez, no sólo de tono, sino de vocabulario, a un arte que, por otra parte, se ha perdido, en unas Cortes de lectores de textos, pero entonces se le consideró un verdadero artista. El ceceo andaluz no lo

perdió nunca, como el color de la raza, de la tierra: era hombre "de pelo blanco y rizado y tez de navegante, como quemada y curada por el aire del mar", como le describió, ya Presidente, "Heliófilo" —el periodista Félix Lorenzo—. Fue "estudiante retraído", pero eficaz, "estudiante de pueblo que hasta mucho después de terminada su carrera no se separa de su hogar y de su padre"; en su pueblo recibió la otra influencia —tras la de su padre— que él considera decisiva en su vida: la de su esposa, que fue "inteligentísima y culta, con horror a la pedantería bachillera y dictoral": moriría en el exilio (Pau, 13 de mayo de 1939). Así cuenta en sus Memorias (Planeta, Barcelona, 1977) sus años estudiantiles. El niño prodigio fue abogado a los diecisiete años, ganó el Premio Especial de Doctorado y ascendió velozmente en su carrera: letrado del Consejo de Estado, abogado fiscal, profesor de Derecho; entró en política como diputado de La Carolina en 1906. La Monarquía no se portó mal con él: fue director general de Administración, subsecretario de Gobernación, varias veces ministro de la Corona. Pero la dictadura de Primo de Rivera le convirtió en revolucionario. Desde 1923 se empeñó en restaurar el "constitucionalismo borbónico"; terminó buscando la salida republicana abierta y conspirando por la República en nombre del partido que él mismo fundó en su casa: Derecha Liberal Republicana. Su intención era "crear una fuerza serena y comprensiva situada en el centro": desde ese partido participó en el pacto de San Sebastián y en el "comité revolucionario" que se reuniría en casa de Miguel Maura en Fuenterrabía, y en el intento de golpe que fracasó en Jaca (Galán y García Hernández). Y también el Gobierno revolucionario —en la clandestinidad—, de cuya

presidencia se encargó, con el Ministerio de Marina. Con Fernando de los Ríos, Prieto, Largo Caballero, Maura, Azaña, Marcelino Domingo, Alvaro de Albornoz... Todo ello le llevaría a la cárcel, donde estuvo precisamente cien días. Pero, en realidad, su celda —la novena de la primera galería, en la Modelo que estaba entonces en la Moncloa— era un despacho de conspirador. "Desde la cárcel —escribe— resolvía consultas de mi despacho, dictaba escritos y preparaba

narquía. Un consejo de guerra les condenó con atenuantes y dictó la libertad condicional. Cuando salió a la calle "fue imposible reunirme con los míos, ni alcanzar mi coche en el que me aguardaban. Las filas de guardias con sable en mano resultaban ineficaces para contener a las gentes. De un café salió un sillón sobre el que me vi instalado entre aplausos frenéticos; de llevarlo y de llevarme se encargaron dos transeúntes que, rivalizando en el entusiasmo, no podían coincidir en la esta-

canso el 8 de julio. En el vapor Milwaukee conoció el levantamiento del 18 de julio de 1936; en Francia supo que las dos zonas le perseguían, que su casa de Madrid había sido incautada y que el Gobierno de la República había cortado su pensión. Fue uno de los muchos españoles de nadie que se refugiaron en París; luego fue a Pau, donde murió su esposa y comenzó la redacción de sus Memorias. En Francia le sorprendió la guerra mundial, y la llegada de los alemanes le hizo huir.



Miembros del primer Gobierno de la II República. De izquierda a derecha: Miguel Maura, Gobernación; Fernando de los Ríos, Justicia; Alvaro de Albornoz, Fomento; Niceto Alcalá-Zamora, Presidente del Gobierno; Francisco Largo Caballero, Trabajo, y Santiago Casares Quiroga, Marina.

con Díaz Barrio sus informes". Todo el Gobierno revolucionario, prácticamente, estaba preso y se reunía en las comidas y en los paseos. Fue en la Modelo donde celebraron sus primeros Consejos de Ministros, en la celda de Maura, y fue en la cárcel donde recibieron la visita de Sánchez Guerra, encargado todavía por el Rey para formar Gobierno, para que aquellos presos aceptasen el nombramiento de ministros "legales". No lo aceptaron: Sánchez Guerra declinó el encargo. Fue el principio de la caída definitiva de la Mo-

tura y entre uno casi-gigante y otro casi enano me transportaron medio volcado a un taxi, que disputó y ganó a los otros la porfla de dejarme en mi casa, sin permitir el pago". Unos días después llegaron las elecciones del 12 de abril de 1931 y la proclamación de la República: entre cientos de miles de personas, Alcalá-Zamora y sus ministros fue al Ministerio de Gobernación que le haría su primer Presidente. Hasta su cese, cinco años después.

Niceto Alcalá-Zamora emprendió un crucero de des-

Rumbo a la Argentina. Un rumbo increíble: el "Alsina", donde se embarcó en Marsella —pasajero de tercera clase— fue a hacer escala en Dakar, Senegal. Era una escala de dos días que se convirtió en una parada de más de cuatro meses... Pero cuando el barco partió no fue hacia Argentina, sino a Casablanca, de donde, en otro barco, se les volvió a llevar a Senegal, etapa inútil desde la que volverían de nuevo a Marruecos, hasta que, al fin, se le autorizó a embarcar para la Argentina. Pero fueron a parar a Cuba, donde tuvo que

estar un mes hasta, por fin, poder salir a su destino final. El extraño viaje había durado cuatrocientos cuarenta y un días: una de las aventuras de la emigración española. Allí pasaría los siete últimos años de su vida.

En un modesto piso de la avenida Las Heras comenzó don Niceto la última etapa de su vida. Vivía de colaboraciones en diarios y revistas. Don Niceto, además de su personalidad de ex Presidente de la República, era académico de la Lengua y un publicista estimado. Temas: las Leyes de Indias, el pensamiento del "Quijote", cuestiones de Derecho, conferencias en la radio sobre temas de gramática... Poco a poco perdió la vista. "Ni fumaba ni probaba bebidas alcohólicas. Era sumamente moderado en la comida, haciendo una vida sencilla y retraída. Se levantaba diariamente, sin excepción, a las ocho y media de la mañana y se acostaba sobre las once. No dormía siesta ni en verano ni en invierno. Por su edad y la hipertensión observaba un régimen especial de comidas. Trabajaba todas las mañanas de diez a trece, escribiendo mientras la vista se lo permitía, y dictando posteriormente a sus hijas. Las tardes las dedicaba a planear y pensar en el trabajo del día siguiente, sin tomar notas ni consultar nunca libros. Mientras pudo, leía mucho; después, le leían sus hijas" (Guillermo Cabanellas en "Historia y Vida", número 95). Se dejó una larga barba blanca que le daba un aspecto de ermitaño...

Murió de repente, en la madrugada del 18 de febrero de 1949. Había una huelga de periódicos: no se enteró nadie. "Ni el Gobierno argentino ni el español dieron el pésame a la familia ni tributaron al extinto homenaje alguno. El embajador de España en Buenos Aires envió con este motivo una tarjeta dirigida a la 'señora viuda de Alcalá-Zamora', sin duda ignorante

de que la esposa de quien fuera el jefe del Estado español había fallecido cerca de diez años antes..." (Guillermo Cabanellas). En su ataúd se colocó la tierra española que había llevado durante todo su exilio, y fue envuelto en una de las últimas banderas de la República, la que se había arriado en los Pirineos el 13 de febrero de 1939.

En este mes de agosto sus restos se exhumaron del cementerio de La Chacarita, en Buenos Aires, y se trasladaron por barco hasta Barcelona, donde llegaron el viernes de la semana pasada; de allí vinieron en avión a Madrid, y desde el aeropuerto, en estricto secreto, en el panteón familiar del cementerio de la Almudena, a las nueve de la mañana del sábado 11 de agosto: sólo estaban presentes sus hijos y sus nietos. La familia alega que ha deseado esta reserva: los círculos republicanos alegan que ha habido "presiones exteriores" con el fin de evitar una manifestación republicana, pero se proponen celebrar un homenaje. "Los republicanos españoles, en su momento, le rendiremos el homenaje que se merece, y lamentamos que las presiones exteriores de toda índole que estamos sufriendo sirvan para desconcertar a la opinión pública sobre la actitud de determinadas personas ligadas con la causa republicana". La hostilidad, la querrela, la incomodidad, la persecución, le han perseguido hasta el que debe ser su último reposo.

Aparte del juicio político que merezca la actuación pública de Alcalá-Zamora, de los errores o de las responsabilidades que haya podido tener en la forma del advenimiento, desarrollo y muerte de la República, es preciso convenir que fue un hombre de honestidad antigua, de ideales permanentes y un símbolo de la II República, de la que fue el primer Presidente. ■

OTRO ASUNTO DE ENTIERRO

N OS hemos perdido un entierro. Grandes episodios de este país se han desarrollado en los entierros, lo cual me parece muy mala señal. He visto más de uno que se ha desarrollado a tiros; muchos con cargas de la Policía. La capitalización del muerto entra en los usos y costumbres de la política. Entierros con pancartas, con gritos, con banderolas: entierros que han producido más entierros, que a su vez podrían haber producido otros entierros cada uno de ellos. Premonitorios: el de Blasco Ibáñez en Valencia, que oía ya a República, o el de Calvo Sotelo en Madrid, trascendiendo a guerra civil; ya en ella, el de Durruti, con la tragedia de la ruptura dentro del campo de la izquierda. Podría escribirse la Historia de España en entierros.

Ahora nos hemos perdido el de don Niceto Alcalá-Zamora, primer Presidente de la República, hombre de la derecha moderada, uno de los hombres más calumniados de España —que ya es difícil—, protagonista de un largo y honesto exilio. En el que murió hace ahora treinta años; otra larga espera, también, para volver a España. Su familia ha decidido el traslado en secreto y ahora está, bajo una enorme cruz —don Niceto fue siempre católico— en el cementerio de la Almudena, desde el sábado pasado.

Los republicanos supervivientes se indignan. Querían un entierro histórico, uno de los grandes entierros españoles. Con banderas y pancartas. ¿De quién es el cuerpo de don Niceto? Los familiares dicen que es suyo, y que tienen con él el secreto que les parece; los republicanos, que su figura "ha sobrepasado los límites familiares y pertenece a la historia de la República". Y que por qué los socialistas tienen derecho al entierro de Largo Caballero con manifestación pública y los republicanos no lo tienen en las mismas condiciones.

Y así, nos hemos perdido un entierro, pero tenemos un nuevo caso de entierro para añadir a la Historia que podría escribirse, la Historia de España en sus entierros.

Quizá los republicanos no deberían indignarse por el tema. Y dejar que "los muertos entierren a sus muertos". Quizá el problema de la República no esté, por ahora, en un entierro. Si tuvieran un poco más de optimismo histórico, deberían considerar que quizá esté en un nacimiento. Sin que esta frase, por favor, incite a nadie a convertirse en Herodes. ■

POZUELO